EL SUEÑO DE LA MOMIA
R. L. STINE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I N T R O D U C C I Ó N

El museo de mi ciudad era muy pequeño. Cuando los profesores nos llevaban a visitarlo, mis amigos y yo siempre íbamos derechos al mismo sitio... a la sala de la momia.

Yo me inclinaba sobre el enorme sarcófago, incapaz de apartar la vista de la momia, que a su vez parecía contemplarme a través de sus vendajes y ungüentos. Tenía los brazos cruzados sobre el enjuto pecho, y las gasas que la envolvían estaban sucias y raídas.

Un día, cuando estaba en primaria, todos los de mi clase hicimos una salida al museo. Yo fui directo a ver a la momia. Estaba asomado al sarcófago cuando unos amigos decidieron gastarme una broma: se echaron sobre mí, me levantaron del suelo y se dispusieron a arrojarme de cabeza en el interior. Yo me puse a gritar. No quería caerme encima de la momia, ni tocarla siquiera.

Por suerte, el vigilante se acercó en ese momento. Al verlo, mis amigos enseguida me dejaron en el suelo.

Escapé de milagro, pero desde entonces siempre me he preguntado qué se sentirá yaciendo en el interior de uno de esos fríos y antiquísimos sarcófagos.

Ésta es la historia de un niño que vive esa experiencia.

ME ASOMÉ POR ENCIMA del hombro de Joanna Levin para ver la vitrina. En la parte superior había un letrero que rezaba: ARTE DEL ANTIGUO EGIPTO. En el interior brillaban bajo el foco brazaletes, collares y pendientes dorados.

- ¡Guau! ¡Son increíbles! - exclamó Joanna. Apoyó el dedo en el cristal y añadió-: Yo quiero éste y ese de ahí.

Sacudí la cabeza.

- Son antiquísimos, Joanna. Deben de costar millones.

Joanna me apartó de un empujón.

- Es mi cumpleaños -replicó-. Puedo escoger el regalo que me dé la gana.

- Sí, pero esto no es una tienda de regalos, es un museo -dije.

Joanna me empujó de nuevo.

- Connor, eres más pesado... que un dolor de muelas.

- ¡Qué fiesta tan genial! -voceó Abbey Foreman desde el otro extremo de la sala.

- ¡Ha sido una idea buenísima! -convino Debra-. ¡Celebrar el cumpleaños en el museo de ciencias naturales!

- Y sin nadie alrededor -añadió Joanna.

Josh me tiró del brazo.

- Connor, ven a echar un vistazo. He visto a la momia. Es por ahí.

Josh y yo nos encaminamos a la sala contigua. Nuestros zapatos resonaban sobre el duro suelo embaldosado.

La sala de la momia era una estancia pequeña y mal iluminada, con el techo bajo y pintado de verde, lo que aún la hacía más oscura. A un lado colgaban fotografías de las pirámides egipcias y, frente a las fotos, se alzaba una pila de ladrillos amarillentos. Según el letrero, se trataba de fragmentos originales de la tumba de Tutankhamón.

En medio de la sala había dos grandes sarcófagos de piedra, a unos pasos de distancia el uno del otro. Estaban abiertos, con las losas que les servían de tapas apoyadas en la pared opuesta a las fotografías.

Corrimos hacia el primer sarcófago. Era tan alto y profundo que tuvimos que ponernos de puntillas para ver en el interior.

Me apoyé sobre el borde para asomarme. La piedra estaba suave y fría al tacto.

-Vacío -dije.

- Parece una bañera gigante -observó Josh-. ¿Crees que dentro habría un cadáver de verdad?

Entretanto, Joanna y los demás se habían congregado en torno al otro sarcófago.

- ¡Qué asco! -dijo Debra con una mueca de repugnancia.

Josh y yo nos hicimos sitio junto a ella para asomarnos a la momia. El vendaje la cubría de la cabeza a los pies. Las gasas estaban manchadas y raídas, y en algunos puntos se entreveía el oscuro alquitrán. Un ojo estaba destapado y su cuenca alquitranada.

- ¡Puaj! -exclamó Joanna-. ¿Creéis que estará llena de gusanos pululando por dentro?

- Los gusanos no pueden entrar ahí -observé-. Vaciaban el cadáver de vísceras, y antes de vendarlo lo llenaban de alquitrán caliente. Pero dejaban el vendaje tan apretado que no podía entrar nada dentro. Además, sellaban los sarcófagos. Imposible que entraran bichos.

Joanna me miró displicente.

-¿Y cómo sabes tú tanto de momias?

- Porque sí -respondí, encogiéndome de hombros.

Me puse de puntillas y me volví para admirar de nuevo a la momia. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y su ojo alquitranado parecía observarme fijamente.

-¿Sabes cómo les sacaban los sesos del cráneo? -pregunté a Joanna-. Les metían un punzón muy largo que llegaba hasta el cerebro, y luego se los sacaban por la nariz.

- ¡Ag, qué aaasco! -exclamó Joanna.

- ¡Calla ya, Connor! -pidió Abbey.

Josh y yo nos echamos a reír.

-Vámonos de aquí -dijo Joanna, corriendo hacia la puerta-. Vamos a ver la esfinge.

Los demás se apartaron del sarcófago y fueron tras ella en dirección a la sala contigua. Sus voces resonaban en los alicatados muros.

Josh y yo nos quedamos un rato observando a la momia.

-Me pregunto cuántos años tendría cuando murió -dije-. Entonces la gente vivía poco. La mayoría moría antes de cumplir los treinta.

- Quizá fuera un niño -apuntó Josh-. ¡Oye! ¿Qué es eso de ahí? -dijo señalando una puerta entornada en una esquina de la sala.

Seguí a Josh y nos asomamos a echar un vistazo.

- Es un armario para guardar material -observé.

- Sí, pero fíjate en eso, Connor. -Josh se adentró en el armario y se agachó a coger un bulto apelotonado-. Son trapos -dijo, y empezó a deshacer el bulto.

- Serán para quitar el polvo -apunté.

- Pues yo creo que son gasas de momia. Y las hay a montones, fíjate. -Josh se echó a reír-. Hasta podríamos hacer una momia con ellas.

Josh y yo nos miramos.

-¿Estamos pensando lo mismo? -pregunté. Sí, Josh estaba pensando lo mismo.

Teníamos que actuar con rapidez. El plan era muy sencillo. Josh me vendó como a una momia. Me metí en el sarcófago vacío y me tumbé con los brazos cruzados sobre el pecho.

-Rápido. Vete a buscar a Joanna -dije con la voz apagada por los trapos-. Me cuesta respirar.

Josh bajó la vista hacia mí. La gasa apenas si me permitía distinguirle la cara.

- Cuando vuelva con Joanna y los demás, tú te levantas muy, muy despacio, ¿vale? Y la llamas con voz de ultratumba.

- Vale.

- ¡Va a pegar un salto que no veas! -dijo Josh.

-Sí, pero corre... -supliqué-. Me pica la cara y no puedo rascarme. Y aquí dentro hace mucho calor.

Josh desapareció. Me instalé sobre la base de piedra del sarcófago y procuré relajarme, pero me sentía muy incómodo. La piedra era dura y estaba empezando a sudar. Cerré los ojos y conté hasta diez.

«¿Dónde se habrán metido? ¿Por qué tardarán tantísimo?»

Por fin oí voces. Inspiré hondo y contuve la respiración. Si alguien se daba cuenta de que respiraba, la broma perdería su gracia.

«Pobre Joanna -pensé-. ¡Se va a llevar un susto de muerte!»

Las voces se acercaron. Las oía justo sobre mi cabeza. El corazón se me puso a cien. «Ha llegado el momento de hacer la momia», me dije.

Muy, muy lentamente, alcé la cabeza y comencé a incorporarme.

- Joooaaanna -susurré.

Esperé a oír los gritos. Nada. Sólo oí la voz de un señor que decía:

-Estabais aquí, príncipe Akor.

- ¿Eh? -dije sobresaltado, y me incorporé bruscamente.

- Os estábamos buscando -anunció.

- ¡Vaya! Lo... lo siento -balbuceé. «Será un vigilante -pensé-. Me ha pillado. Ahora me la cargaré por haber profanado un sarcófago de tanto valor.» Palpé a tientas las tiras de gasa que me cubrían la cara y logré arrancarme el vendaje de los ojos.

-Lo... lo siento de verdad -empecé a decir-. Sólo era una broma. Yo... -Cuando vi a los individuos que rodeaban el sarcófago, ahogué un grito.

Eran bajitos, delgados, con la piel muy oscura. Llevaban la cabeza completamente afeitada y vestían túnicas blancas que les llegaban hasta las rodillas y que parecían vestidos de chica. Y calzaban unas sandalias con tiras de piel que les rodeaban toda la pierna.

Forcejeé desesperado con el vendaje.

- ¿Quiénes... quiénes son ustedes?

Me quedé estupefacto contemplándolos, y de pronto advertí que la sala había cambiado. Las oscuras baldosas que cubrían la sala del museo ya no estaban, y tampoco el techo verde. Las paredes que me rodeaban se hallaban revestidas de ladrillo amarillo brillante y parecían elevarse hasta el cielo. ¡Era una sala enorme!

El otro sarcófago había desaparecido. De los muros colgaban antorchas encendidas, y sobre el dintel de la puerta se alzaba una gigantesca estatua dorada en forma de búho.

La cabeza me daba vueltas.

-Esto... esto no puede ser verdad -susurré.

Un hombre de edad, vestido con una larga túnica blanca, me tendió su mano morena y enjuta para ayudarme a salir del sarcófago. Tenía los ojos muy azules y la sonrisa tensa. En la cabeza llevaba un tocado azul y blanco que caía a ambos lados de las mejillas y le llegaba a los hombros.

- Príncipe Akor -saludó-. De modo que éste era vuestro escondrijo. Os estamos buscando desde la salida del sol.

- ¿Príncipe qué? - exclamé-. Aquí ha habido un gran malentendido. Yo... yo no soy ningún príncipe. -Mi voz brotó aguda y chillona. Tenía tanto miedo, estaba tan aturdido y confuso, que no me reconocía la voz.

Su sonrisa se desvaneció. Aquellos penetrantes ojos de un azul brillante me taladraron con la mirada.

- No temáis -dijo-. Ahora estáis en mis manos, alteza. Como siempre.

- ¡Pero... pero no me ha entendido! -tartamudeé-. No sé cómo he llegado hasta aquí. Yo... -Todos sabemos por qué os ocultabais en este lugar -dijo él, meciendo la cabeza con aire solemne. Colocó las manos sobre mis hombros y las apretó-. No os culpamos de ese terror.

- ¿De qué? -exclamé.

Entonces se volvió a sus compañeros. Conté seis, todos morenos y calvos, todos rígidos como estacas con sus túnicas blancas.

- Sacerdotes, conducid al príncipe al altar -ordenó. Todos hicieron una reverencia al unísono.

- Sí, sumo sacerdote -respondieron.

- ¡No! ¡Esperen! -grité-. ¡Aquí hay un error! Tengo... tengo que encontrar a Joanna y los demás.

Salí corriendo. No sabía quiénes eran aquellos tipos. Sólo sabía que tenía que huir. Fui hacia la puerta, pero enseguida me rodearon. Formaron una estrecha cuña, obligándome a avanzar a su paso. El sumo sacerdote iba al frente de la procesión.

- ¡Están cometiendo un grave error! -exclamé-. ¡No soy quien ustedes creen!

Pasamos por un largo y ancho túnel iluminado a todo lo largo por antorchas. Aquel túnel parecía no acabar nunca y me temblaban tanto las piernas que apenas podía andar. La cabeza me bullía con mil preguntas. «¿Cómo ha podido suceder esto? Se diría que estamos en el Antiguo Egipto. ¿Pero eso cómo puede ser? ¿Quién será el tal príncipe Akor? ¿Adónde me llevan estos tipos?»

El túnel nos condujo a una gran cámara que me recordó una iglesia. El altar situado en un extremo estaba cubierto de cirios, y sobre él colgaba un gran sol dorado. Había gatos negros acechando por todas partes.

-Postrémonos ante Ra, dios del Sol -ordenó el sumo sacerdote. Todos se inclinaron, mascullando extrañas palabras.

El sumo sacerdote dio un paso adelante y me tomó de la mano.

-Lamento que estéis atemorizado, alteza, mas ese temor no habrá de prolongarse.

Abrí la boca para replicar, pero sólo me salió un chillido. ¡El corazón me palpitaba con tanta fuerza que no podía hablar!

El sumo sacerdote me alejó del altar y atravesamos la inmensa cámara hasta llegar al extremo opuesto.

-¡Oh, no! -exclamé al ver en el fondo de la sala una enorme fosa cuadrada de alquitrán hirviendo.

-Todos sabemos de la conspiración tramada contra vos -dijo el sumo sacerdote bajando la voz hasta que apenas fue un murmullo-. Vuestros enemigos pretenden asesinaron... y no momificar vuestro cuerpo. ¡Quieren robaros la vida en el más allá!

Contemplé estupefacto al sumo sacerdote. Nada de lo que decía tenía sentido. ¿Estaba insinuando que alguien pretendía asesinar al príncipe y no convertirlo después en momia?

Yo sabía que los antiguos egipcios creían en la vida después de la muerte, y que sus cadáveres habían de ser momificados para disfrutar de esa otra vida. Pero ¿qué tenía eso que ver conmigo?

- No temáis -dijo de nuevo el sumo sacerdote, tomándome de la mano-. He cuidado de vos desde la infancia, alteza. No permitiré que los enemigos de Egipto os despojen de la otra vida. ¡Hoy mismo os momificaré!

- ¡No! -Por fin recuperaba la voz. Por fin caía en la cuenta de lo que tramaba-. ¡Escúcheme! -grité-. ¡Está usted completamente equivocado!

Los seis sacerdotes sofocaron un grito de estupor. El sumo sacerdote dio un paso atrás.

- ¡Pretenden matar a un inocente! - advertí-. Yo no soy su príncipe Akor, soy Connor Franklin. Y no soy de aquí, soy de Cincinnati, Ohio.

Se oyó un murmullo generalizado, pero el sumo sacerdote enseguida hizo un ademán para ordenar silencio. Me observó detenidamente con sus penetrantes ojos azules y el gesto huraño.

- ¡Vivo en Estados Unidos! -exclamé-. ¡En el siglo XXI! ¡Están cometiendo un error absurdo! -Cuando terminé la réplica, me quedé sin aliento. El pecho se me agitaba arriba y abajo. Aguardé a que el sumo sacerdote se dignara a responder.

-Habéis tenido sueños parecidos en anteriores ocasiones, alteza -dijo con toda calma. Los demás sacerdotes asintieron meciendo la cabeza.

El sumo sacerdote se acercó a mí y comenzó a desatar las gasas que aún me cubrían el cuerpo. Cuando vi lo que llevaba puesto debajo, ahogué un grito: ¡un faldoncillo blanco! ¿Dónde estaban mis vaqueros y mi camiseta?

- ¡Esto es absurdo! -exclamé-. ¡Yo no pertenezco a esta época, vengo de un futuro muy lejano!

-Si eso fuera cierto, ¿por qué habríais de entendernos? -inquirió el sumo sacerdote con voz pausada y paciente-. ¿Por qué habláis nuestro idioma?

Buena pregunta. Lo miré boquiabierto. No sabía qué responder.

- Ya antes habíais soñado que vivíais en el futuro. Pero ahora estáis despierto, como veis. El sueño ha concluido -afirmó el sumo sacerdote. Y depositando con ternura la mano sobre mi hombro, añadió-: Prometí a vuestro padre, el faraón, que siempre cuidaría de vos. Y mantendré mi promesa. Os momificaré antes de la caída del sol.

Todo mi cuerpo se estremeció.

- ¡No, por favor! ¡Escúcheme! -supliqué.

- Es natural que sintáis temor, alteza - replicó el sumo sacerdote-. Pero os daremos una pócima que adormecerá vuestros sentidos. No sentiréis el calor del alquitrán. Cuando la ceremonia toque a su fin, Egipto os habrá perdido pero tendréis vida eterna junto a los dioses del más allá.

Un grave lamento se escapó de mi garganta.

«No, gracias -me dije-. ¡Yo me largo! A la que alguien se dé la vuelta, me voy de aquí zumbando.»

-Sacerdotes, conducidlo a su cámara para que descanse mientras yo preparo el instrumental -ordenó el sumo sacerdote.

Una vez más, los seis hombres me obligaron a avanzar con ellos. Fui conducido a una espaciosa cámara repleta de vistosos cojines. De lo alto del techo colgaban sedosos cortinajes azules agitados por una suave brisa.

-Descansad, príncipe Akor -dijo uno de los sacerdotes haciendo una reverencia-. En breve volveremos a por vos.

El grueso portón se cerró a sus espaldas con un golpe seco. Comprendí que no tenía un minuto que perder. Corrí hacia la puerta e intenté abrirla. Cerrada a cal y canto.

Al volverme, reparé en las cortinas que se mecían suavemente. «Corre aire, luego tiene que haber una ventana en algún sitio», deduje.

¡Efectivamente! Tras las cortinas, en el amarillento muro de piedra, se abría un ventanuco triangular.

Me abrí paso entre los cojines para acercarme. La pequeña ventana quedaba por encima de mi cabeza, pero me aferré al alféizar con las manos para tomar impulso y di un salto.

Me asomé al otro lado. El sol incandescente comenzaba a caer tras unas dunas lejanas de arena pardusca. Bajé la mirada y vi un patio enladrillado al fondo. El suelo estaba a considerable distancia, y no había saliente alguno para amortiguar mi caída.

Lo tenía bastante crudo. Además, el ventanuco era muy estrecho. Pero no me quedaba opción. Era el único modo de evitar que me sacaran los sesos por la nariz y me envolvieran en gasas y me llenaran de alquitrán hirviendo.

Encogido en el estrecho alféizar, saqué las piernas por la ventana. Luego, la cabeza..., el pecho..., los brazos. Inspiré hondo y... ¡salté!

Caí de pie con un sordo golpazo. El dolor me ascendió por los tobillos. Se me doblaron las piernas y me desplomé.

«¡Levántate! -me dije-. No hay tiempo que perder.»

Decidí hacer caso omiso del dolor y me puse en pie como pude. Eché un vistazo al patio. No había nadie, pero sabía que el sumo sacerdote no tardaría en enviar a sus hombres en mi busca.

Recorrí con la vista el muro de la fortaleza, que parecía inacabable. ¿Era una puerta aquello que se veía allá abajo, al fondo? Pese al lacerante dolor en los tobillos, corrí hacia allí. Necesitaba ocultarme, encontrar un sitio donde poder pensar, donde planear cómo huir.

Crucé el umbral y me refugié en las sombras. Parpadeé una y otra vez a la espera de que mis ojos se adaptaran a la penumbra.

Había antorchas colgando de los muros, y de pronto descubrí el sarcófago. Estaba de vuelta en la cámara del principio. Respiré hondo y contuve la respiración, procurando sosegar mi acelerado corazón. El sarcófago despedía un tenue destello bajo la saltarina luz de las antorchas.

De pronto se me ocurrió una idea. Una idea descabellada, pero una idea al fin y al cabo.

Mis sudorosas manos resbalaron en la piedra al intentar izarme para meterme en el sarcófago. Me tumbé rápidamente en su interior y crucé las manos sobre el pecho.

«El sumo sacerdote ha dicho que ya he tenido sueños otras veces -pensé-. Pero el sueño es éste. No puede ser verdad lo que me está ocurriendo. Es ahora cuando estoy soñando. Estoy soñando que estoy en el Antiguo Egipto, que soy un príncipe a punto de ser momificado. Si consigo dormir, cuando despierte habré vuelto a la realidad, a Cincinnati, donde me corresponde estar. Si me duermo, seguro que volveré a la fiesta de cumpleaños de Joanna.»

Cerré los ojos. Noté la piedra fría cuando mi cuerpo sudoroso entró en contacto con ella. Hice un esfuerzo por relajarme.

- Que me despierte en el sarcófago del museo, por favor -supliqué en voz alta-. En el siglo XXI. Por favor, que me despierte en el sarcófago del museo...

Procuré respirar lentamente..., muy lentamente..., y detener mis pensamientos.

Me envolvió la oscuridad, una serena y relajante oscuridad.

No sé cuánto tiempo estuve dormido, pero al despertar oí voces. Abrí los ojos y vi el techo verde sobre mi cabeza. «¡Ah, qué bien! He vuelto -pensé-. He conseguido regresar al siglo XXI. ¡Qué horrible pesadilla!»

Estaba tan contento que quise lanzarme a dar saltos de alegría por el museo. Pero, curiosamente, no podía moverme.

La voces sonaban al lado mismo. Unos niños se asomaron a mi sarcófago para echar un vistazo.

«¿Quiénes son estos niños? No los conozco. ¿Dónde están mis amigos?»

-¡Uf, qué repugnante! -exclamó uno de ellos, retirándose.

-Puaj - gruñó la niña que estaba junto a él-. Mira qué manchas más asquerosas. Está todo descompuesto.

«Un momento. Pero ¿qué están diciendo?» -Seguro que está lleno de gusanos por dentro -dijo un niño.

- ¡Qué cosa más asquerosa!

Las caras desaparecieron. Alcé la vista hacia el techo y reflexioné.

Al final caí en la cuenta. Me llevó un rato, pero resolví el enigma. Estaba en Cincinnati, desde luego. Y en el sarcófago del museo de ciencias naturales. Pero... ¡NO! quise gritar. ¡Imposible! ¡No puede ser! ¡LA MOMIA SOY YO!

FIN